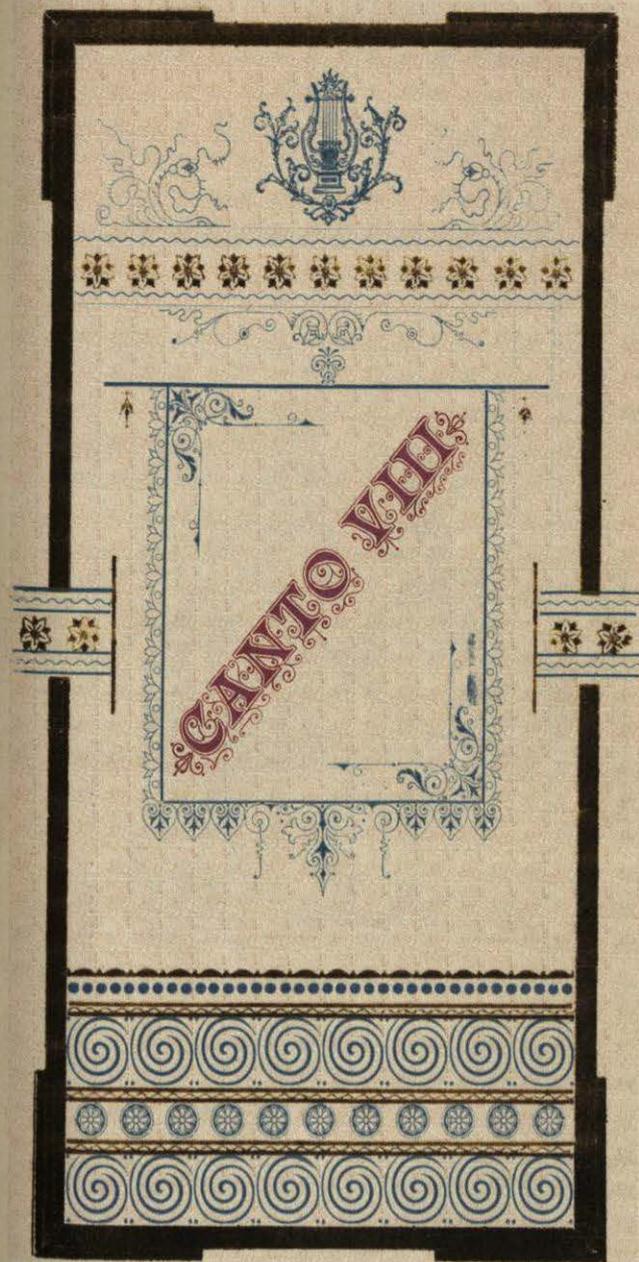
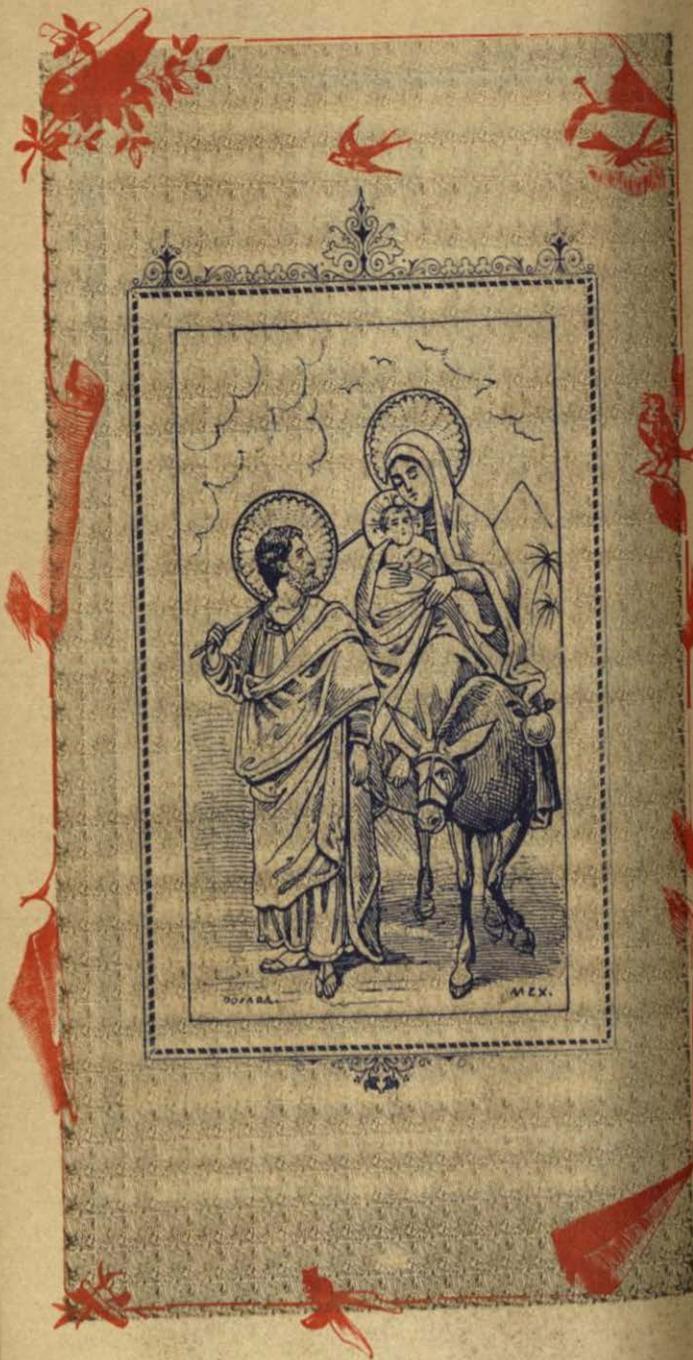


La Furia entonces con nervuda mano
La emponzoñada tea lanzó mohina
Sobre el rostro cejudo del tirano,
Quien, del lecho estrujando la cortina,
Frenético incorpórase, é insano,
Con lasciva mirada viperina,
Los ojos clava en ella, transformada
En Lidia desenvuelta y descocada.



Fin del Canto Séptimo





CANTO VIII

“¿Duermes, ilustre rey, mientras tu trono
Cruge y se cimbra desde sus peldaños?
¡Tu corte, tu palacio en abandono
Cuando una extrema ruina, extremos daños,
De envidia armado y del más negro encono,
Y con astucias mil y mil engaños,
Urde en tu contra indómito enemigo,
Que lucha ardiente va á trabar contigo!

“Tú, el más grande y potente de los reyes
¿Darás tu cuello á la servil coyunda?
¿El yugo sufrirás de extrañas leyes,
Y que por mano temeraria, inmunda,
Los pueblos de Judá, cual viles greyes,
Sean llevados á una árida é infecunda
Región salvaje, donde en cautiverio
La ignominia los marque, el vituperio?

“¿Dónde está aquel ardor, dónde aquel
[celo

Aquella sed de gloria y de grandeza
Que te obligó á dejar el patrio suelo
Para buscar un trono á tu nobleza,
Que al fin ganaste; aunque dispuso el cielo
Que un purpúreo diadema tu cabeza
Ciñera, en sangre fraternal bañado,
Y de horrenda matanza salpicado.

“¿Tan nobles glorias hollará tu planta?
¿Deshojará tu ignavia esos laureles
Conque la fama tus proezas canta?
Rompe ya de tu Baco los caireles;
Rompe tanta inacción é inercia tanta;
Apresta tus escuadras y broqueles,
Antes que el fuego, campos y ciudades
Convierta en perezosas soledades.”

A tales voces, sus grifanos ojos
Abrió de par en par el rey sañudo,
Y en torno los giró, cual brasa rojos:
Y “¿quién, gritó en voz alta, dí ¿quién pudo
Forjar tan negro plan á sus antojos?
Quizá, Lidia sin par, conflicto rudo
Trabó contigo algún protervo ensueño,
Y te dió hiel, en vez de su beleño.

“No rara vez solázanse los dioses
La quietud en turbar de los mortales
Con visiones torcidas y feroces,
Mientras ellos en nítidos cristales
Apuran la ambrosía. ¿No conoces
Las ciertas, inequívocas señales
De un ensueño veraz? La noche oscura
No llega aún á su mayor altura.

“Dime, no obstante, oh Lidia ¿qué enemigo
Embestida tan súbita prepara?
(¿De los Dioses será fatal castigo!)
Dí ¿quién esconde una altivez tan rara
Que sus fuerzas medir quiera conmigo?
Dí, si mortal, ó si deidad preclara
El secreto fatal te ha descubierto:
Habla, mi bien; me sea tu pecho abierto.”

La falsa Lidia entonces: “Soberano
Númen, oh rey, que de tu trono cuida,
Me ha revelado el importante arcano,
Mientas la tierra, en la quietud hundida,
Duerme el sueño nocturno. Empeño vano
El tuyo en pretender que desmentida
Sea de los inmortales la palabra:
Esa actitud, oh rey, tu ruina labra.

“¡Oh ignominia, oh escarnio! Tu glorioso
Cetro real va á ser arrebatado
No por algún monarca poderoso,
O caudillo, de lauros coronado,
Que ejércitos arrolla victorioso.
Un vilísimo infante, recostado
En un viejo pesebre, bajo el techo
De un antro irregular, húmido, estrecho,

Va á entrar contigo en desigual contienda,
Y arrancar la corona de tu frente,
Sin que nadie tus títulos defienda.
¿No ignoras tú que entre la hebraica gente
Corre doquier ridícula leyenda?
Que bajará del cielo un rey potente,
Quien con prodigios mágicos asombre,
Y «Mesías» le llamarán por nombre.

Pues este abyecto párvulo, que hoy gime
Entre las rocas de una gruta oscura,
Vendrá á arrogarse esa misión sublime,
Y llamarse el monarca de la altura
Que el yugo romperá que al pueblo oprime;
Y en su delirio, y sin igual locura,
Sabrá rodearse de prestigios tales,
Y de tantos hechizos y señales:

“Que de él en pos las turbas, á porfía,
Frenéticas irán, y, alucinadas,
Su rey lo aclamarán ¡oh felonía!
Y serán tus enseñas pisoteadas;
Dará un vuelco tu trono; y vendrá un día
En que hasta tus cenizas profanadas
Ludibrío sean del viento, y en olvido
Quede tu nombre para siempre hundido.

“Ya circulan fantásticos rumores
Entre el vil populacho: que la cuna
De ese infante está orlada de fulgores;
Que alados genios bajan de la luna
A tributarle amplísimos honores;
Que á tres reyes tocó la gran fortuna
De venir á adorarle del oriente,
Guiados por un nuevo astro refulgente.

“Desde luego tu gloria y poderío
Empezará á menguarse en gran manera,
Y mirarán tus pueblos con hastío
Ondular á los vientos tu bandera.
¿Y aun así no te alarmas, oh bien mío?
¡Creía que mi amor algo pudiera!
En mis brazos permíteme estrecharte,
Y el amor más ardiente prodigarte.”

Y esto al decir, arrójase en el lecho,
De Cupido fingiéndose embestida,
Y al déspota oprimió con nudo estrecho:
Hieles, veneno, sangre corrompida,
Jugos estigios filtrale en el pecho,
Y piérdese en las sombras la homicida,
Dejando al rey sañudo enfurecerse,
Y, cual roja bacante, retorcerse.

Dió un gran rugido, como el oso brama
Cuando entre celos el amor lo aguija;
Deja impaciente la mullida cama,
Y una gran piel de tigre se cobija
Que el oro esmalta en erizada escama;
Y al observar la lentitud prolija
De la aurora que aún no se despierta
En el regazo de la noche yerta:

Se agita sin quietud, mientras olea,
Y rebulle, y ferméntase en su mente
De pensamientos mil alta marea.
Ya propone, y decreta, y se arrepiente,
Y de nuevo se yergue y bandolea,
Y vuélvese y revuélvese el demente:
Pues la crueldad ferina pugna y lidia
Con el fraude, la astucia y la perfidia,

Hasta que triunfa el dolo y la arteria,
Aliados del monarca inseparables.
Resolvió que su rabia callaría
Para acertar sus golpes formidables;
Y, cual cerdo espinoso, escondería
Sus colmillos y púas formidables.
Y así como en las márgenes del Nilo
Finge la humana voz el cocodrilo;

Así el déspota pérfido se ensaya
En simular dulzura y mansedumbre,
Aunque ya casi su furor estalla.
Del sol aún la ruborosa lumbre
En los lejanos límites no raya,
Ni de los montes tíñese la cumbre;
Y él, de escribas y sátrapas rodeado,
Ya el necio sanedrín ha convocado.

Su angustia el rey cubriendo y su tortura,
Con avidez impone a cada uno
Las puertas le franquee de la Escritura
Sobre tan grave asunto, y de consuno
El gran libro registran con premura
Que jamás descifró mortal alguno:
Todos atentos leen y cuchichean,
Y en silencio después se semblantean.

De todos la mirada y pensamiento
Converge hacia aquel punto luminoso
En que los Vates, cuna y nacimiento
Asignan al Enviado poderoso
Que en medio de Judá tendrá su asiento;
Y por fin, tras debate caluroso,
Claman con voz unánime á porfía,
Que en Belén el Deseado nacería.

Entonces Gamaliel, prudente anciano,
De lengua barba y rostro venerable,
Como herido de un rayo sobrehumano,
Que en su alma comprimir no le era dable:
En pie se puso; y una y otra mano
Alzando al cielo, en medio al respetable
Concurso hubo exclamado. “¡Oh de Judea
Belén insigne, gloriosa aldea!

“Como del mar en la región umbría,
Dentro crustáceo estuche aprisionada,
Nace la perla, que en un fausto día
Brillará en una frente coronada:
Así, oh Belén, del mundo á la alegría
Nacerá en tí la estrella suspirada
Que alumbrará los pueblos y naciones,
Y la gran noche romperá en girones.

“Ya no te llamarán en adelante
Los jefes de Judá “vil y pequeña”
Pues en tí ha de tener cuna brillante
El grande rey, que su marcial enseña
Por todo el orbe llevará triunfante,
Y se hará obedecer con una seña:
El á Israel circundará de brillo,
El será de mi pueblo el gran caudillo.”

Un estallido de furor ahógose
En el hirviente pecho del monarca,
Esto al oír; crispado levantóse
De su alto solio; una sensible marca
Deja en su faz la ira: disolvióse
El senado, y el rey confuso abarca
Sombras y espectros vagos con su mente,
Y es su delirio más y más creciente.

Hay en la tierra un monstruo indefinido;
Ave informe, quimérica, gigante,
Que jamás sabio alguno ha comprendido:
Indole y forma en él nunca es constante;
Nace débil, pequeño y aterido:
Pero al aire remóntase al instante,
Y ensánchase, volando, de tal modo,
Que deja en sombra el horizonte todo.

Un ojo y un oído, siempre alerta,
Esconde en cada pluma la grande ave;
Finge dormir, y siempre está despierta;
Mil faces y colores cambiar sabe;
Todo resquicio sírvele de puerta,
Y espía al labriego y al magnate grave:
Callo su nombre, pues la misma *Fama*
Del mundo por los ámbitos lo aclama.

Esta ave, ó monstruo que la Fama nombra,
Apenas los primeros resplandores
Hieren la blanca, la invernial alfombra,
Cuando ya mil insólitos rumores
Riega por Sión (que pásmase y se asombra,
Y despierta sus mudos moradores,)
Y, al ruido de sus alas estruendosas,
Cundían estas nuevas vagarosas:

Que de aquella región donde la cuna
Del sol se mece, tres potentes reyes
Han arribado con feliz fortuna,
A la ciudad que da á Judá sus leyes,
Sin previo aviso ni embajada alguna;
Y que, dejando sus humanos greyes,
Habían venido de país remoto
A rendir vasallaje á un Dios ignoto,

Al rey de los Judíos, recientemente
Nacido en un lugar que se ignoraba;
Y que con ansia y avidez ardiente
Cada quien de esos jefes preguntaba:
¿Dónde la corte está del rey potente
Que una estrella á nosotros anunciaba?
Y sólo confusión é incertidumbre,
Leían en la imbécil muchedumbre.

Estrépito mayor y vocería
En la corte del pérfido Idumeo
La vocinglera Fama producía
Que, graznando entre horrisono aleteo,
El cielo con la tierra confundía,
Y á todo daba un cuerpo giganteo:
El cruel tetrarca, como torpe araña,
Más, al tejer sus redes, se enmaraña.

Ha resuelto otra vez, tras larga brega,
No imprimir marca alguna en su semblante,
Y así esperar la tempestad que llega,
Cual si fuera su pecho de diamante:
Su frente encapotada se despliega,
Y ordenando se llamen al instante
Dos ó tres de sus áulicos lebreles,
Los manda á caza de noticias fieles.

Miéntras, de su cerebro en la oficina
Sigue él fraguando toda industria y maña
Por encubrir la garra y piel ferina,
Antes que rompa su terrible saña;
Su perfidia y astucia se refina
Dentro su mente, en una fòrma extraña;
Y luego, de sí mismo satisfecho,
Exhala hondo suspiro de su pecho.

El es ahora el cocodrilo mudo
Que ya aprendió á fingir la voz humana,
Es el ceraste pérfido, cornudo,
Que desarma el colmillo en la fontana;
Es la sirena que al escollo rudo
Atraerá la barquilla, aunque lejana:
El oso torpe al pie del árbol duerme
Donde astuto asechó su presa inerme.

No hay duda al fin. Esa servil trahilla
Regresó, de noticias portadora,
En que desnuda la verdad ya brilla,
Con cierta vibración consoladora;
Sus cosechas el déspota agavilla,
Y con grande ansiedad espía la hora
En que duerme enlutado el universo,
Para dar velas á su plan perverso.

Con mortal paroxismo la natura,
De la noche en los brazos ha caído.
Entre el silencio de la sombra obscura
Una centuria el rey manda sin ruido
Que sigilosa busque con premura,
La coronada triada que ha venido,
Y le intime, con grande reverencia,
Que se conduzca ante la real presencia.

Un pecho leal y noble y generoso,
Dobletes no recela ni emboscadas;
No teme al hombre hipócrita y doloso,
Pues le son las intrigas ignoradas:
Y como el terso lago silencioso
De los astros refleja las miradas,
Así en él la verdad nítida luce,
Y en palabras y en actos se traduce.

Así, por tanto, aquellos pechos nobles
De los tres reyes eran inexpertos
De astutas tramas y manejos dobles;
Y, de aquella embajada apenas ciertos:
Con el vigor que los templó, cual robles,
Para afrontar los hórridos desiertos,
Pusiéronse en camino, sin tardanza,
Sin llevar arco, ni rodela ó lanza.

Herodes con frenética impaciencia
Espera la pomposa comitiva,
Y cada instante en él hace violencia.
Por fin, tras de penosa expectativa,
La turba real llegaba á su presencia:
Su sobresalto, su sorpresa viva
Contuvo, enmascarándose, el tirano,
Y á encontrarla bajó con rostro ufano.

Plegar ambas rodillas pretendieron,
Los coronados sabios, y sus frentes
Con el suelo juntar; pero sintieron
Del monarca los brazos diligentes
Que esa demostración les impidieron;
Mientras él con acentos elocuentes
Les daba una amistosa bienvenida
Que parecía del corazón nacida.

Y luego que ocupó su regio acento
Y á sus huéspedes dió ricos sitiales,
Así les arengó con firme acento:
“¡Oh de las ricas playas orientales
Ilustres soberanos, que un portento
Condujo á aquestos reinos patriarcales!
De encomios mil é insignes galardones
Dignas son vuestras ínclitas acciones.

“¿Quién jamás, cual vosotros, la sañuda
Majestad del desierto ha provocado,
En travesía tan penosa y cruda
Buscando á un rey incógnito, ignorado,
Sin abrigar perplejidad ni duda;
Y por un signo, quizá incierto, guiado,
De nieves á través y peñascales,
Corrió en pos de fatídicos ideales?

“Sólo pudo caber en vuestros pechos
Esa solicitud tan justa y pía,
Que hoy ponen de realce vuestros hechos:
No lo ignoro, una estrella os conducía,
Desde que habéis dejado vuestros techos,
Y algo insólito y grande os prometía.
Mas: decidme ¿cuál es el soberano
Que buscáis en un suelo tan lejano?

“Qué ¿os impulsó á seguir la nueva estrella
Que, flotando en el aura transparente,
Dejaba tras de sí tan clara huella,
Y fué tan persuasiva y elocuente?
¿Marca alguna ó señal visteis en ella,
Y á vosotros tan sólo fué patente?
¿Dónde ese grande rey, dónde ha nacido?
¡Oh cuán digno todo es de ser sabido!

“Un vaticinio nuestro pueblo guarda
Que ayes mil y suspiros ha arrancado
A nuestros padres: pero ¡ay! cuánto tarda
En verse, Dios eterno, realizado!
Esto hace que mi pecho en ansias arda:
¡Tanto, tanto esperar! ¡Oh me sea dado
Saber si tal estrella es el indicio
De que ya el cielo nos miró propicio!”

Melchor, entonces que, como caudillo,
La noble expedición capitaneara,
Y fué el primero á quien su amable brillo
Brindó el signo celeste que los guiara;
Con pecho franco y corazón sencillo,
Sin que nada al tirano le ocultara,
Así le respondió: “Monarca ilustre,
No temas ya que tu esperar se frustre.

“Estos los hechos son. Yo las regiones
De los Indos gobierno donde abundan
De la natura los preciados dones
Que en industrias dedálicas redundan;
Donde esconde la tierra amplios filones
De ese rico metal, por el que inundan
La faz del orbe lágrimas y males,
Y roe la ambición á los mortales.

“Gaspar rige, á la sombra del olivo,
Los bélicos Sabeos abigarrados,
Que el incienso y la mirra, sin cultivo
Roban á los arbustos perfumados
Que, sintiendo del sol el rayo vivo,
Prodigan sus tesoros codiciados;
Y por fin Baltasar, con mano sabia,
Otra región gobierna de la Arabia:

“Pueblos privilegiados de la esfera,
Que el bálsamo, la mirra, el cinamomo,
El áloe, y el estactes, por doquiera
Mandan de sus camellos sobre el lomo.
Nosotros tres, desde la edad primera,
De vuestra ley hojeamos el gran tomo;
Una de vuestras grandes tradiciones
No ignoran del oriente las regiones.

“Un natural instinto nos dió el cielo
Para observar los reinos siderales;
Y en este afán y singular desvelo
Pasábamos las horas nocturnales,
De la nieve y escarcha sin recelo:
Astro nuevo, de rasgos celestiales,
(Siguiendo de Balám la profecía)
Sabíamos que en el cielo brillaría.

“Nuestro ardor sin cesar se redoblaba
Por descubrir el signo misterioso
Que aún á los mortales se ocultaba.
Quiso por fin el cielo bondadoso
Nuestros votos oír. Ya sè anunciaba
La aurora en el oriente tenebroso;
Cuando ¡oh portento!, peregrina estrella
Al espacio saltó, límpida y bella.

“Parecióme que ese astro tan brillante
Irradiaba también sus resplandores
Sobre mi entendimiento, que ignorante
Abrigaba gentílicos errores:
Y pudo conocer, en el instante,
Que aquel por quien los siglos voladores
Han suspirado tanto, en la Judea
Ya apareció con la mortal librea.

“Y, asimismo, un impulso sobrehumano
Mis fibras sacudió; y un pronto viaje
Emprendo luego á aquel país lejano,
Para prestar mi humilde vasallaje
De la etérea región al Soberano,
Y ofrecerle también en homenaje
Corto tributo del metal precioso
Como á excelso monarca poderoso.

“Dura y penosa fué mi travesía
Por incultas regiones ignoradas:
Pero no rara vez aparecía
El gran faro en las playas azuladas
Que era mi dulce, mi infalible guía;
Y, después de larguísimas jornadas,
Llegué por fin á las sabeas regiones,
Donde mando hacer alto á mis legiones.

“Allí á su rey Gaspar ¡oh gran portento!
(A quien entonces ví por vez primera),
Encontré que alistaba en el momento
Su comitiva real, con que debiera
Partir para Judá. ¡Sueños no cuento!)
El signo mismo en la celeste esfera
Le había prestado el mismo magisterio,
Y descubierto el singular misterio.

“Continuamos la marcha en compañía
Con indecible ardor y regocijo,
Y nuestro asombro sin cesar crecía
Mientras más era el conversar prolijo:
Pues todo, en perfectísima armonía,
Ibase concentrando á un punto fijo.
Hundiéronse dos soles tras los montes,
Cuando, á través de ricos horizontes,